

José V. Lastarria en Copiapó

(EXTRACTADO A SADY ZAÑARTU)

Lastarria abarcaba con su mirada las Tres Puntas de los cerros que daban el nombre al mineral de plata. No describiéndolo, databa apenas de cuatro años, y allí estaba ahora con su apereado cuerpo sobre la realidad fabulosa del cuento del derrotero, más asequible a sus esperanzas de fortuna que a la de regenerador de la patria. Se miraba su traje de albero. No era por cierto el pintoresco que se puso San Martín durante su expedición de 1824 en Chacarillo. En vez del cabán azul y la botona llana, vestía una americana y pantalón de diablo fuerte; substituía la gorra colorada por su fieltro rematado por faja un ancho cinturón donde guardaba las muestras de piedras; y por abajo el común poncho de vicuña.

POR

RENE

PERI

FAGERSTROM



A don Victorino le parecía que su levita de político, relegada en sus maletas, ya era prenda de otra edad, frente a aquella nueva vida. Sin embargo, aún estaban frescos sus recuerdos. Hubiera quedado en Lima como rector de su establecimiento educacional, después del ofrecimiento cordialísimo del ministro Herrera, pero su salud resentida por el clima, sus amigos que le instaban a volver a Chile y la preocupación de la familia hicieron de su estancia en Lima un permiso para irse hasta Copiapó.

Ahora miraba en brumas lo que había sucedido durante su destierro: el simulacro electoral del 25 de Junio de 1891, que llevó a la presidencia de la República a don Manuel Montt y que costaba a sus amigos la matanza de Latorre, de la que aún quedaban persecuciones sangrientas a su llegada a Copiapó; siete infelices soldados del mineral de Tres Puntas caídos fusilados por orden del Presidente de la República, a pesar del indulto del Consejo de Estado.

El paso del destierro por las calles inmunda recorta y hasta le llegó a ofrecerle su amistad el feo de la tropa, partidadora. Era este don Victorino Garrido, el viejo amigo de Portales, a quien más de una vez hizo blanco de sus carabinas en el desierto. Pero en aquel clima alucinador de soledad, los dos antiguos adversarios hicieron la paz por consuelo: él, el uno con su influencia ante el Ejecutivo y el otro explotando la barreta del minero en vez de la pluma revolucionaria.

Lastarria, frente a las montañas relampagueantes de vicos metálicos, despertaba a un sentimiento nuevo. Su espíritu de investigador lo llevaba a contemplar la tierra oscura y a estudiar su composición geológica. Comprendía que los que han nacido allí no podían desprenderse ligados de esa afición a la industria minera al pasar distraídos o indiferentes por esos cerros que les recordaban toda una vida de trabajo, de esperanzas y desencantos. La geología era la hija legítima del minero. Solo ella podía hacer la ciencia. El para explorar esas entrañas de cobre, de plata y de oro, necesitaba de su luz y guía en las subterráneas profundidades de la tierra.

patria, presentaba en su absoluta soledad. Don Victorino se iniciaba en Tres Puntas, entregado a experimentos y cateos por las sierras vecinas al mineral. Salía al amanecer, en pequeñas tropillas, con su martillo en el cinturón, a escudriñar los cerros y a instalar sus fenómenos geológicos y el paso de otras civilizaciones: aquel tramo del camino del Inca, el mummy y la pirca abandonada de una vieja india. Se perdía en una quebrada estudiando en los cortes de las laderas los porfidos de colores.

Al atardecer, de regreso al mineral, seguía aún alucinado con aquellas capas de lava que reverberaban al sol como si fueran cristales. Llegaba a Tres Puntas cuando los piqueteros y malhechores estaban llenos. Terminada la faena del día, el silencio buscaba su reposo en los palomares de los desmontes, en las bocanizas. Solo en la placita del pueblo, la animación perdida en los cerros se refugiaba en la pequeña planicie, en el asfalto humado de car se y sentían: las tiendas, las panaderías, las pulperías eran asediadas por pequeños motines de candela.

Don Victorino llegaba a su reposo en la Compañía Inglesa. Hacía sus pilchas, amontonaba las piedras recogidas durante la expedición, como antes lo hacía con los recortes de diarios o sus análisis de libros leídos.

«Si habías ganado en conocimientos científicos, en cambio la suerte seguía equívoca. Ningún rodado por el camino ni su martillo daba el golpe alusivo en una veta de plata. La pobreza continuaba criticando sus preocupaciones hasta rendir la fatiga.

En aquella atmósfera de desencanto, dado podía substraerse a la influencia del fantasma que escabulló a través la fortuna. También don Victorino tan pronto a menear en demonios que no estuvieran en silencio de ahogados, sólo, entregarse a los sueños de un derrotero. Ese mismo mineral de Tres Puntas

debía su hallazgo a una legada del espíritu malo al pobre arriero Ocurio, que no pudo guardar el secreto del lugar de donde extraía sus ricas piedras. La fabulosa revelación entre los vapores del alcohol, en un día de la Independencia de la Patria, servía para crear un autismo minero y un pueblo de cinco mil almas en el desierto más árido que la imaginación pudiera concebir. Pobre Ocurio perseguido por la estrecha de la libertad (Acaso a él no le pasaba lo mismo?

Chacarillo aparecía después, a la vista de don Victorino con toda su importancia como punto de visual y estación para las operaciones geológicas y metalúrgicas. En las catas por las sierras de Petaca y el Moile el geólogo encontraba los molinos folios que le daban la clave de las correlaciones estratigráficas. Veda el cono del Bandurrias y extraía sus deducciones sobre el origen de las riquezas allí acumuladas. Pero el nivel minero no podía sostener el secreto de aquellas moles de piedra, tan volubles como desesperantes en producir la fortuna anhelada; luchaba entre la cizaña y la angustia, sin la aventura del arriero Ocurio, de sentirse rico siquiera por algunos días.

Después de sus estudios y cateos, que duraron algunos meses, regresó a Copiapó a poner su bufete de abogado y dedicarse a los tranquilos negocios de la industria minera. Pronto tendría en sus manos importantes litios que le darían algunas de esas barras de plata que soñó en sus búsquedas por las sierras. Era la fama de letrado y jurisperito la que venía desde aquellos desiertos de muchachos en el Instituto Nacional; los vendedores de su talento no tenían bruto y batallaban con su nombre ya un cerro en el desierto o una calle populosa en el pueblo de Juan Godoy.

José V. Lastarria en Copiapó [artículo] René Peri Fagerstrom.

Libros y documentos

AUTORÍA

Peri Fagerstrom, René, 1926-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José V. Lastarria en Copiapó [artículo] René Peri Fagerstrom. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile